



“La Coruña.— Instituto Da Guarda (de fotografía de M. Teijeiro)” y “Cuartel de Alfonso XII (de fotografía de M. Teijeiro)”. 1900, n.º 986, p. 750.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### SOLUCIÓN. — EL DUELO

Un hombre de ciencia, Guillermo Crookes, inventor de aquel radiómetro que tanta sensación produjo entre los consagrados al cultivo de las «exactas, físicas y naturales,» nos anuncia — á larguísimo plazo, ello es verdad — la disociación de la materia y el retorno al Caos, hermano de la Noche, según las poéticas cosmogonías primitivas. ¿Cuántas generaciones de generaciones, cuántas semanas de años transcurrirán antes de que suceda esto? Transcurran las que transcurran, nuestra mente vacila y se ensombrece ante la idea de tal catástrofe. El fin del mundo, temido por nuestros padres, ó mejor dicho abuelos, y para más verdad architatarabuelos de la Edad Media, había llegado á preocupar poquísimos nada á la Edad moderna. He aquí que un sabio vuelve á proyectar sobre el universo la sombra del no ser; á notificarnos que todo perecerá, civilizaciones, imperios, monumentos, invenciones, conquistas, trabajos, obras buenas y malas, riquezas acumuladas y circulantes, arte, ciencia, verdad, hermosura... Un desaliento profundo embarga el ánimo; la fatalidad parece que se nos atraviesa cerrándonos el paso. ¿A qué luchar, á qué esfuerzos y fatigas? «Estamos cerca del fin del mundo,» como decían tristemente los del milenario fatídico.

Pero ¿qué importa la perspectiva de la disolución, fluidificación y disociación de lo que conocemos del universo, que es nuestro planeta, á quien dentro de su alma se le ha disociado su mundo, se le ha transformado en tinieblas la luz, se le ha sepultado todo en el caos? ¿Qué le importaría el anuncio ó sentencia de Crookes á la misera cuyo cuerpo acaban de devolver las olas del Cantábrico, aquí en Marinada, después de guardarlo en su seno cerca de un mes?

Nunca sentirá el hombre la catástrofe general como siente la que inmediatamente le afecta. Cada cual es, para sí mismo, centro y razón de la vida; no ya sólo de la propia, sino de la que se desenvuelve alrededor nuestro. Aunque la disociación del planeta fuese cosa inminente, nadie pondría fin á sus días por el dolor general de esa disociación, sino por el dolor particular y personal. ¿Habéis mirado alguna vez los cuadros que representan escenas del Diluvio? En las caras y en las actitudes, lo que se refleja es el afán de salvarse á sí propio y de salvar á los seres queridos, el que los tenga; lo demás no preocuparía. El que consiguiese trepar á una eminencia, fuera del alcance de las olas y los torrentes de la desatada inundación, no encontraría en sus ojos lágrimas con que llorar la catástrofe: las secaría el gozo de la salvación propia. Dígalos Noé; metido en el arca, seguro de flotar, en compañía de su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos, sólo pensó en aquel buen asilo y cobijadero; ni al salir de él se le ocurrió lamentarse por el género humano que había perecido en masa, tragado por las aguas más altas quince codos que los montes; sino que dejó el

arca bendiciendo á Dios y regocijándose en los tornasoles y prismas del arco iris, y en cuanto se vió en tierra firme, ofreció sacrificios «de olor de suavidad.»

La que buscó el sitio más tético y solitario de Marinada para desaparecer, era una desesperada lúcida — el caso es más frecuente de lo que se cree. — Con dominio absoluto de sí misma, ocultó su resolución á todos; procedió como procedería si su vida corriese por el cauce natural; y cuando abandonó su casa en Lugo y se vino á Marinada á poner por obra lo resuelto, pudieron creer los de su casa que se trataba de un capricho, de una voluntariedad de muchacha, de alguna pasajera contrariedad amorosa. Al llegar á Marinada — agasajando con fúnebre gozo la idea del fin, — en vez de irse derecha, desde el tren, á los acantilados de la bravía costa, se dirigió, lo mismo que cualquier viajero, á una fonda, y allí se lavó, se arregló, se atusó un poco, última coquetería de mujer. Al verla salir, con ese aire especial de los que van á algo, un instinto inexplicable, algunas palabras misteriosas de la viajera, movieron á la fondista á mandar á un criado que la siguiese y observase. — La mujer sola, en las fondas, inspira siempre extrañeza y desconfianza. — El mozo la siguió, á boca de noche, y la vió emprender ese camino de trágica tristeza que, pasando por delante de las tapias del cementerio, conduce á la Torre y á los escollos. La pupila de ciclope del Faro, abriéndose y cerrándose entre la sombra, guiaba tal vez á la desesperada. El espía que á distancia estudiaba sus movimientos y seguía sus pasos, notando que no se detenía al llegar al cementerio, que ni volvía la cabeza para mirarlo, que proseguía hacia la Torre, creyó en una cita de amor, y medroso ó cansado, dió la vuelta. «Allá ella y el hombre que la aguarda.» La hipótesis del suicidio no le cruzó por las mentes.

Y ella siguió avanzando. Iba á buen paso. Tenía prisa de llegar. Las gentes, al comentar este caso, se preguntan por qué el viaje; por qué la desesperada no se limitó sencillamente á precipitarse de lo alto de una ventana ó de una muralla, en su propio pueblo. El viaje, no cabe duda, requiere un gasto de energía y disimulo, y de sentido práctico, que no siempre está al alcance de los que sufren crisis moral tan honda. — Pero la desesperada sentía esa preocupación extraña que influye tanto en los suicidas: la idea de la impresión que producirá su cuerpo cuando lo recojan; la vergüenza, el pudor del drama íntimo divulgado, profanado de un modo tan violento y horrible. Única esperanza de la desesperada: que el Océano, piadoso, no restituyese su cuerpo; que diese eterna sepultura, á ella y á su secreto. A veces son discretas las olas: recogen, tragan y no devuelven. Otras, sin embargo, diríase que se gozan en restituir — ¡y cómo, en qué estado! — lo que se las confía... Si la infeliz hubiese podido suponer que recorrería otra vez el camino desde los escollos al cementerio, pasando por la mesa de autopsia, ¿rejecutaría su resolución? Tal vez no...

¿Es tan difícil acertar cómo se ha de morir!, decía, á propósito de esto, alguien que en apariencia no está á mal con la vida. ¿Quién es capaz de saber si, por dentro, la aborrece en grado igual á la desventurada viajera que al tomar su billete para Marinada hacía rumbo á la eternidad?

Otra tocata. La Liga internacional contra el duelo es una institución reciente y de la cual se habla mucho. Corrientes múltiples han venido á confluir en este movimiento: proceden del ejército; proceden de la aristocracia; proceden del socialismo, en Italia sobre todo. La Federación socialista de Milán ha resuelto expulsar de su seno á todo el que se bata en desafío. Es curioso saber con qué argumentos combate un general, el general Perrone, á los duelistas. «El valor del duelo — escribe — es despreciable; lo tuvieron los meninos de Enrique III, lo poseen todavía hoy los depravados y los libertinos.» Sin poderlo evitar se me ocurren dos argumentos. Primero: que si hay libertinos que son valientes duelistas y espadachines, los hay también que se pasan de cobardes. Segundo: que el valor puramente militar, que tanto estudia y con razón el general Perrone, no es tampoco privilegio exclusivo de los hombres de buena conducta: los meninos de Alejandro Magno se batían muy bien; Julio César no fué un modelo de virtudes. Con la historia todo se prueba y todo se rebate.

Ni me parece mucho más exacto decir que la difusión del duelo se origina del deseo de elevación en la clase media; de este sentido tan extenso y amplio que hoy tiene la palabra caballero. Nunca fueron tan frecuentes los duelos como en las épocas aristo-

cráticas. Ahí está nuestro siglo XVII, hormigueando de cuchilladas, estocadas y riñas á la luz de los farolillos de retablo. Bajo Luis XIII, en Francia, los señores se batían por un quitame allá esas pajas: recordemos el pasaje tan ingenioso de Manón Delorme:

*Toujours nombre de duels. Le trois c'était d'Angennes contre Arquié, pour avoir porté du point de Gènes; Lavardin avec Pons s'est rencontré le dix, pour avoir pris à Pons la femme de Sourdis; Sourdis avec d'Ailly, pour une du théâtre de Mondori. Le neuf, Nogent avec La Chatre, pour avoir mal écrit trois vers de Colletet; Gorde avec Margaillan, pour l'heure qu'il était; D'Humière avec Gondy, pour le pas à l'église; et puis tous les Brissac avec tous les Soubise, à propos du pari d'un cheval contre un chien. En fin, Caussade avec Latournelle, pour rien, pour le plaisir. Caussade a tué Latournelle.*

El comentario de los nobles que en Blois, donde se aburren, oyen esta noticia, es exclamar:

*Heureux Paris! Les duels ont repris de plus belle!*

Richelieu, castigando á los duelistas con pena de muerte, y ejecutando severamente la ley, no pudo atajar la epidemia de duelos.

Y bien mirado, ¿hacen tantos estragos los duelos hoy como entonces? ¿Hacen siquiera la mitad? ¿Cuántos casos leemos en la prensa de duelos que tienen fatal desenlace? Lo diario son las actas, ó esos lances á primera sangre que los estudiantes alemanes sostienen *pour rien, pour le plaisir*, y á los cuales, en los países latinos, se atribuye desmedida importancia. Saco en limpio que el duelo es una de las enfermedades menos usuales y menos mortíferas que la humanidad padece.

Hay un militar italiano, un capitán, que á mi parecer está más en lo cierto que el general, sosteniendo que el duelo no se extirpa por virtud de leyes ni de tribunales de honor, sino educando la opinión para que no tenga por vil al que, convencido de que ofendió, pide excusas al ofendido. Pero ¿en qué casos sería satisfactorio para el ofendido esta clase de reparación? Suponed que está de por medio una mujer; que se halla en juego el sentimiento; que el corazón, no el honor superficial, social, es el que envía á la mano corrientes de electricidad, impulsos de cólera... ¿Bastan las excusas? ¿No irritarán más aún? ¿Son muchos los duelos serios en que sale á la superficie la verdadera causa?

Parece que uno de los mayores enemigos del duelo es, ¿quién lo creyera?, el emperador de Alemania. Realmente, allí hay más duelos, y con carácter más grave. La oficialidad es puntillosa, y duelista por entretenimiento; lo es también la juventud de las aulas. Y el Kaiser, en el temor de que le quiten un buen oficial, legisla contra la manía del duelo.

La Liga internacional contra el duelo aspira á resolver el problema del modo siguiente: dando al honor ofendido plena satisfacción por medio de la ley y de la sociedad. La tutela eficaz y pacífica del honor...

Bien: pase en cuanto al honor, que es una creación social, esa tutela; no atino cómo se compondrán para establecerla; pero, insisto, y cuando el duelo obedece, no á tiquis miquis de honor, sino á sentimientos, á dolores, á odios, á venganzas? ¿Es que esto pueden arreglarlo la opinión y la sociedad?

El telégrafo trae ahora mismo la noticia del asesinato de los reyes de Serbia, y la subida al trono de Pedro I, Karageorgevitch, que representa allí la legitimidad, la dinastía histórica. Los Obrenovitch eran usurpadores.

Pedro I, el nuevo monarca de Serbia, es hermano del príncipe Bojidor Karageorgevitch, literato y artista, de quien he tenido ocasión de hablar aquí.

El drama ha sido espantoso: si no mientan las noticias, que acabo de leer en *El Imparcial*, la sangre ha corrido á arroyos; quince ó veinte víctimas cayeron al hierro ó al plomo de los conjurados, á las altas horas de la noche. Ya pocas veces nos ofrece la historia cuadros tan vivos y fuertes: se ha vuelto mansurrona, correcta, fría. Esta matanza de Belgrado parece una página de los siglos de la energía, del xv ó del xvi, en Italia, del xvii en Rusia. Y sin género de duda, tal catástrofe la prepararon los yerros y vicios de Milán Obrenovitch, las desavenencias de su matrimonio, el enlace tan mal mirado é impopular del joven Alejandro, las gotas de agua que una tras otra forman el torrente.

EMILIA PARDO BAZÁN.